

HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANISTICOS



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

Año I

Nº 1

1960

SIGNIFICACION Y SENTIDO DE LA MUERTE

Dr. AGUSTÍN BASAVE FERNÁNDEZ DEL VALLE

Sumario: 1. Significación de la Muerte.—2. La Vida como Preparación para la Muerte.—3. El sentido del Morir.—4. Presentimiento y Revelación de la Muerte.—5. Caracteres esenciales de la Muerte.—6. Muerte y Supervivencia.—7. La Victoria sobre la Muerte.

ME PROPONGO COMUNICAR, en esta investigación, algunas reflexiones metafísicas sobre "El Sentido de la Muerte y el Problema del Más Allá". Trabajo desde hace algunos años, con verdadera intensidad y entusiasmo, en una "Filosofía como Propedéutica de Salvación". Y claro está, en una "Filosofía como Propedéutica de Salvación" no podía estar ausente el tema de la muerte y del más allá. Mi vocación, probada y definida, es filosófica. Por lealtad a esa vocación, por razones de pureza metódica y por respeto a los dominios del teólogo, a los cuales me asomo con los ojos esperanzados de un creyente, me abstendré de estudiar la muerte y la vida perdurable a la luz del dogma. Mi propósito es bien modesto: situarme entre los angustiados hombres de este siglo para hablarles a su inteligencia y a su corazón, hacer más sus preocupaciones y sus zozobras, para balbucear a la luz de la razón natural, si se puede, algunas palabras de esperanza. Porque ustedes y yo necesitamos saber por qué morimos y por qué vivimos si hemos de morir. ¿Cuál es la significación de la muerte? ¿Por qué ha de ser la vida una preparación para la muerte? ¿Qué sentido tiene el morir? ¿Se da un presentimiento y una revelación de la muerte?

¿Cuáles son en definitiva los caracteres esenciales de la muerte?
¿En qué sentido cabe hablar de supervivencia y de victoria sobre la muerte? Más que la cabal solución de los problemas enunciados, quisiera trazar caminos, proponer criterios de comprensión, incitar a una meditación directa sobre el tema. Tengo para mí, como uno de los mejores títulos de seriedad de la filosofía actual, el de afrontar el tema de la muerte.

I

SIGNIFICACIÓN DE LA MUERTE

"Puede medirse la seriedad de una doctrina filosófica por la consideración de que hace objeto a la muerte. Una doctrina en la que no pueda entrar la consideración de la muerte sin trastornar su orden y su cuadro, es una ejercitación abstracta, no una filosofía".

NICOLÁS ABBAGNANO.

Para la vida banal e inauténtica, el muerto es un importuno. Es preciso deshacerse de él, de su presencia ausente, de su recuerdo. Hay que recobrar el ritmo de la vida ordinaria, el buen tono, olvidando la lección de una muerte. La mayoría de los hombres pretenden poner sobre sus ojos —síntoma del envilecimiento de la conciencia pública— una venda de indiferencia ante el drama de un agonizante. Ya no se quiere ver en este drama de solemne grandeza un comienzo. Sólo se piensa en una aniquilación, en un término. Los más sólo piensan en la cesación de la vida orgánica y de la vida mental individual. La mirada superficial se posa —y sólo de paso— en la "descomposición cadavérica". Algunos tratarán, tal vez, de imaginar al moribundo evocando su

pasado —tan breve, después de todo— y tan lejano del momento actual. El presente es de pena, por lo que deja. El futuro —ya tan inminente—, de preocupación. Preocupación, no sólo por los supervivientes queridos y las obras inconclusas —siempre habrá asuntos pendientes—, sino por su propia trasvivencia, si es religioso o creyente, o por su próximo anonadamiento, si es ateo. El religioso se preocupa de su responsabilidad ante Dios por lo actuado en vida. El ateo se angustia porque su ser ("todo ser en cuanto es —decía Espinosa— tiende a perseverar en su ser") se perderá en su individualidad concreta y consciente.

La muerte se presenta al hombre como un desgarramiento inevitable. Su cuerpo ya no va a tener "ánima" que le anime. Hasta ahora cuerpo y alma habían sido inseparables, hasta el grado de ser una unidad sustancial. La escisión la presiente dolorosísima, terrible. Las preocupaciones son aplastantes; la soledad es devoradora. "Lo que constituye la muerte —apunta Nicolás Berdiaeff— es justamente que todo lazo, que todo contacto son cortados, que la soledad es absoluta. Con la muerte, el comercio del hombre con el mundo de los objetos llega a su fin" (págs. 115 y 116, *Cinco Meditaciones sobre la Existencia*, Casa Unida de Publicaciones, México 1948).

Mientras mi nacimiento no depende de mí —no se escoge venir a la vida, ni se elige tiempo, lugar, raza y familia—, mi libertad se ejercita en la muerte. No tan sólo puedo prever y preparar mi muerte, sino que puedo optar por el suicidio. Si prosigo viviendo, he aceptado mantener la vida que me ha sido dada. Aunque no soy libre para implantarme o no en la existencia— estoy implantado— sí soy libre para suicidarme o seguir viviendo.

Puedo prever que mi muerte será absolutamente cierta, aunque sus circunstancias —el "cómo" y el "cuándo"— permanezcan envueltas en la incertidumbre. Hay muertes ejemplares, es cierto, pero estas muertes nos suministran un socorro muy relativo. Porque mi muerte, esencialmente inexperimentable mientras viva, será estrictamente personal y única. Si los que mueren volviesen para decirnos cómo se presentó la prueba, cómo la vencieron y cómo ha-

bremos de portarnos nosotros en el último trance, cabría hablar de una técnica para morir y hasta se podrían establecer cátedras para la enseñanza de la muerte.

Lo único que está en nuestras manos es descubrir el significado de la muerte —tránsito o aniquilación del ser personal— y tratar de morir en consonancia con nuestra visión metafísica o religiosa del mundo y del destino humano. La razón puede arrojar una buena porción de luz sobre el misterio de la muerte.

Decíamos que la muerte es desgarramiento. ¿En qué sentido? Se trata de una separación o ruptura. Separación de nuestros seres queridos, ruptura de alma y cuerpo. Desaparecemos visiblemente. Sólo quedará nuestra presencia espiritual. Por eso se dice —y con razón— que la muerte es la gran prueba del amor. “Si el amor se ha espiritualizado, si ha pasado al plano de la amistad, —observa R. Troisfontaines— si el hecho objetivo de *estar allí* y de manifestar exteriormente su presencia —por muy preciosa que sea—, se subordina por completo o casi enteramente al hecho inobjetivable, indescriptible de *estar-con*, de fundir *nuestras* existencias en un destino común, de ser más bien *nosotros* que dos *yos* yuxtapuestos, de abrirnos más bien *juntos* al amor que encerrarnos en un “egoísmo a dos”, entonces el desgarramiento de la muerte, por muy agudo y doloroso que sea, no alcanza, no roza el fondo mismo de ese amor, de esa amistad”. (Véase el estudio “La Muerte, Prueba de Amor, Condición de la Libertad”, en el volumen *La Muerte*, pág. 39, Ediciones Studium de Cultura, Madrid-Buenos Aires). Entre los cristianos no es raro encontrar esa experiencia de comunión viva que sobrevive al fallecimiento de uno de los cónyuges.

Si ser verdaderamente libres es ser libres de las pasiones, durante nuestra existencia mundanal somos muy poco libres. Por la libertad nos determinamos personalmente en nuestro modo de obrar y en nuestro modo de ser. En la tierra nos vamos haciendo libres, pero no somos plenamente libres. Nosotros nos haremos a nosotros mismos tal como queramos ser para toda la eternidad, el día de la muerte. Por eso para los antiguos martirólogos la muerte era el “dies natalis”, el día de nacimiento auténtico. Entonces —y sólo

entonces— se opera el acto decisivo y supremo de “autodisposición”. La fórmula platónica sobre “la vida, aprendizaje para la muerte” significa la preparación vital para el acontecimiento único, imprevisible, ineludible e irrefragable, que dotará de un sentido definitivo a nuestro breve tránsito por la tierra.

Cada uno se escoge a sí mismo en el acto de la muerte de un modo singular, inimitable, inopinado... Y no hay ulteriores opciones. Seremos lo que queramos ser. Moriremos con amor, en comunión con los otros y abiertos a Dios, o con odio, excluyendo a los demás y replegándonos sobre nosotros mismos. Nuestro ser adoptará su medida: egoísmo o caridad. Es lógico suponer que los hábitos contraídos pesarán mucho a la hora de la elección. En todo caso, no es Dios quien rechazará al hombre, es el hombre quien rechazará el perdón de Dios. Me complace pensar que como seres contingentes estamos hechos por Dios y para Dios. Dios nos quiere. ¿Por qué no tener confianza —una vez más y para siempre— al morir? Pero esta confianza no es humanamente esperable sin una vida ejercitada como preparación para la muerte.

II

LA VIDA COMO PREPARACIÓN PARA LA MUERTE

“Pasas por la muerte es pasar por la soledad absoluta, romper con el mundo entero. La muerte es la ruptura con la esfera entera del ser, la interrupción de todos los lazos y de todos los contactos, el aislamiento completo. Si en el término último del misterio de la muerte, ésta fuera todavía compartida; si se mantuviera todavía el contacto con lo otro y los otros, ya no sería la muerte”.

NICOLÁS BERDIAEFF.

Yo he de morir. Es inútil que, como amador del mundo, apegado a las vanidades de él, me ingenie, de mil maneras, apartar de mí mente el pensamiento de la muerte, como si, huyendo del pensa-

miento y recuerdo del hecho insoslayable, pudiera lograr evitarla. Ahuyentando la idea del término de mi mortal carrera sólo conseguiré ponerme en grave riesgo de morir mal.

La vida, toda vida sensata por lo menos, es una preparación para la muerte. No vamos a aguardar el trance de la muerte para buscar el sentido y el término del destino humano.

Nuestra época es una época de distracción, de insensatez. Se busca, a toda costa, perder de vista el hecho de la muerte. Cada día se inventan nuevas formas para ocultar, socialmente, las muertes —desgarradoras, inquietantes, terribles— de nuestros prójimos. Es hora de evocar —como lo hacía San Alfonso Ma. de Ligorio— aquellos santos anacoretas, que huían del mundo y se retiraban a las soledades del yermo, sin llevar consigo más que algún libro espiritual y una calavera, cuya vista les traía de continuo a la memoria el pensamiento del último trance. “Como esos descarnados huesos —se decían— ha de ser un día mi cuerpo; y ¿dónde estará entonces mi alma?”, animándose así a tratar con todo empeño de allegar, no bienes de esta vida, sino de aquella que nunca ha de acabar.

Espanta la muerte en este siglo, más de lo que naturalmente ha espantado en otros siglos, porque se presenta de improviso ante los locos gozadores que sólo han pensado en halagar sus pasiones e ir en pos de sus gustos. Se presenta en el deceso de sus familiares y amigos, en las noticias de la prensa diaria. Pero el efecto —superficial, momentáneo— pasa pronto, debido al sistema social, hábilmente organizado, de la mala fe. No espanta en cambio la muerte a los que menosprecian los engaños del mundo poniendo todo su afán en no amar sino a Dios. “Mostraba suma alegría un santo solitario hallándose al fin de la vida, —nos refiere San Alfonso Ma. de Ligorio— y como le preguntasen por qué estaba tan alegre, respondió: Siempre tuve ante los ojos la muerte, y por eso, no me espanta ahora su llegada”. (Pág. 82, *El Camino de la Salvación*, Librería Editorial Santa Catalina, Buenos Aires, 1941). He aquí una actitud vital ante la muerte que contrasta con las simulaciones actuales.

La enfermedad, la culpa y todas las situaciones-límites nos llevan a la consideración del límite y último trance de la existencia. Cada hombre tiene una relación peculiar con su propia muerte. El final previsible de su vida repercute en el significado de su diario vivir. No importa que no podamos vivir la muerte como hecho. Nos basta circunscribirla en su esencia, en su significación, en su efecto. “El viviente —ha dicho genialmente Dilthey— ve la muerte sin poder comprenderla”. No se trata de la muerte de otro hombre, sino de la mía, de la de cada uno. Trátase de una certidumbre que me acompaña siempre, que está inserta en mi vida. Esta certidumbre culminará en un proceso: el “adiós a la vida”. Más que el estar muerto, lo que nos importa destacar es el morir. Ese morir que Fray Luis de Granada anticipara imaginativamente en su *Guía de Pecadores*: “Día vendrá en que amanezcas y no anochezcas, o anochezcas y no amanezcas. Día vendrá (y no sabes cuándo, si hoy, si mañana) en el cual tú mismo, que estás ahora leyendo esta escritura sano y bueno de todos tus miembros y sentidos, midiendo los días de tu vida conforme a tus negocios y deseos, te has de ver en una cama con una vela en la mano, esperando el golpe de la muerte y la sentencia dada contra todo el linaje humano, de la cual no hay apelación ni suplicación. Allí se te representará luego el apartamiento de todas las cosas, el agonía de la muerte, el término de la vida, el horror de la sepultura, la suerte del cuerpo que vendrá a ser manjar de gusanos, y mucho más la del ánima, que entonces está dentro del cuerpo, y de ay a dos horas no sabes dónde estará” (págs. 22-23, *Guía de Pecadores*, Editorial Difusión). Y este día, por el carácter siempre alevoso de la muerte, puede ser mañana. Por eso es preciso incorporar la muerte a la vida, mediante la apropiación existencial.

Aunque la muerte aparezca a primera vista como una deficiencia, puede cobrar, también, un sentido positivo para la vida. Gracias a la muerte podemos intensificar la vida, impulsar la tarea vital. La angustia de la muerte se supera cumpliendo fielmente la vocación. El hombre alcanza en el saber de la muerte sus máximas posibilidades. El despliegue de la vida cesa de ser vano, vacío, sin

sentido. En el momento presente está ya contenida la muerte, como un elemento constitutivo. No se trata de un suceso exterior que puede sobrevenir accidentalmente. Trátase de una posibilidad fundamental y fundamentante de las otras posibilidades. Por ella, la vida humana llega, en su existir, al máximo rigor. La muerte está en la vida como amenaza constante, como presión continua. Estamos comprometidos a aceptar y sufrir la caducidad de la auténtica existencia. Esto significa que tenemos que salirnos y abandonar todo dominio seguro (burgués) de la existencia. Viviremos en la incertidumbre y en el riesgo pero con la mira puesta en una existencia que se cumpla vocacionalmente, que remate —único remate digno del afán de plenitud subsistencial— en Dios.

El existencialismo ha hecho aparecer a la muerte “como lo absolutamente amenazador y horrible ante lo cual la vida retrocede espantada” (Bollnow). No ha podido o no ha querido ver la importancia de la forma terminada que trasciende el cambio y la caducidad, la significación como fuerza plasmadora de la vida, en un sentido positivo. Urge, en consecuencia, poner de manifiesto el sentido personal del morir.

III

EL SENTIDO DEL MORIR

“La vida que consumimos acercándonos a la muerte, la consumimos también para huir de ella. Somos como hombres que estuvieran en un buque caminando en él en dirección contraria a la marcha que lleva el buque: caminan hacia el sur mientras el terreno en que lo hacen es llevado con ellos hacia el norte”.

GEORG SIMMEL.

Justamente porque voy a morir, no me pueden ser indiferentes las diversas posibilidades que se me ofrecen en mi vida. Es preciso que realice íntegramente la vocación de mi individualidad finita.

Al aceptar la muerte acepto mi finitud, defino mi personal misión y me apasiono por ella frente al riesgo ineliminable.

La muerte es inherente a la vida. Marca su fin y configura definitivamente su trayectoria. La vivencia del envejecimiento nos suministra la experiencia de una consumación sucesiva. Lógicamente, cabe deducir la cesación final del ser que envejece. Pero esta deducción no es una experiencia, sino una operación lógica.

La contemplación de la muerte ajena me alecciona en el sentido de que hay miles y miles de modos en el morir. En todo caso, tenemos la convicción de que la muerte está ligada indisolublemente a la vida humana y que llegará el día en que tengamos que morir. Y este morir no es tan sólo consunción biológica, sino desaparición de la posibilidad de que el espíritu tenga en el cuerpo terrenal su escenario y su campo de expresión. La memoria del muerto no basta para hacerle existir, nuevamente, como espíritu encarnado, por más que prolongue el sentido de lo que fue su existencia. Tampoco se puede considerar como sobrevivencia la inmersión en el nirvana. El budismo y el estoicismo salvan al ser y a la naturaleza, que son propiamente los que sobreviven, pero no al individuo. Aunque aumente el ser, aunque se devuelva el individuo a la naturaleza, la persona, como tal, desaparece definitivamente. Sólo el cristianismo afirma la supervivencia personal —“vida verdadera”— después de la muerte: En esta doctrina la muerte aparece como liberadora de una vida mortal y como tránsito a una vida eterna. Desde esta perspectiva es fácil comprender el “muero porque no muero” de Santa Teresa. El hombre no es ya “el ser para la muerte” heideggeriano, sino el ser para la vida real e inacabable. La muerte queda vencida por una vida distinta. El morir es tan sólo una condición —ciertamente difícil y terrible— de la inmortalidad. El moribundo —marcado con los estigmas de la muerte— se encuentra fuera de la circulación mundanal, separado del ritmo de la vida. Su impotencia es patente. Quiere vivir y va a morir. No encuentra apoyo firme y el mundo se le va alejando silenciosamente. Está a solas consigo mismo. Tal vez esta soledad le anuncie la soledad de las tumbas. Como no puede ya divertirse ni obrar exteriormente

se vuelve hacia lo interior —reflexiona— para ver surgir, por última vez, su pasado: infancia, juventud, madurez, decrepitud... Medita sobre sus actos: los públicos y los secretos. Ya no es hora de trampas. Quizá descubra “a través de la historia escrita por él la historia escrita por Dios, —observa P. Deffinc, S. J.— la bondad constante de Dios, la bondad constante del Padre”. (Pág. 72, “El médico junto al moribundo”, en el volumen *La Muerte*, Studium). Bajo la ceniza del pasado el agonizante advierte que no es Dios quien le ha rechazado, sino es él quien ha rechazado a Dios, sus verdades, sus mandamientos, su misericordia. El perdón puede ser el término, cuando no hay un rechazo de la invocación en un repliegue de soberbia y desesperanza.

La muerte no viene, desde afuera, a limitar a la vida. Desde el principio y desde dentro, la muerte está unida a la vida. Por eso es tan falsa la popular representación de las “Parcas” que en un determinado momento del tiempo “cortan” de una vez el hilo de la vida.

La vida apunta a la muerte, es ella misma quien la produce y la alberga. Muy pronto comienzan los procesos de fermentación destructivos, la pigmentación celular, especialmente en el sistema nervioso central, que se considera como síntoma inequívoco de decrepitud. Los órganos se van modificando de modo patológico por la edad. En este sentido, cabe decir que la muerte es un límite inmanente de la vida que configura y matiza todos sus contenidos. Incluso el ser matado violentamente supone ya la posibilidad de morir. Y desde este punto de vista resulta indiferente que la posibilidad se actualice por un balazo o por una embolia cardíaca.

En su obra “*Lebensanschauung —Vier metaphysische Kapitel—*” Georg Simmel nos refiere que un amigo suyo le decía: “¡Cuánto mejor sería la vida si supiéramos con seguridad cuántos años nos quedan todavía! Entonces podríamos guiarnos por eso, organizar convenientemente la vida, no sería dejar nada sin terminar, no se empezaría nada que no pudiera terminarse, y además tendríamos ocasión de aprovechar realmente el tiempo”. Pero en este caso, como bien observa Simmel, la vida constituiría una presión insopor-

table para la mayoría de los hombres. En lo objetivo, dejarían de emprenderse innumerables tareas por el hecho de que muy a menudo el hombre sólo acierta a lograr su máximo rendimiento cuando emprende más de lo que puede realizar. Y, en lo subjetivo, lo que ocurre con respecto a la voluntad de vivir es seguramente que el miedo a la muerte y el desaliento ante su inevitabilidad sólo puede reducirse a proporciones tolerables gracias a la inseguridad del momento en que se produzca, a las proporciones que hasta cierto punto garanticen al hombre un margen de libertad interna de movimientos para gozar de la vida, el desenvolvimiento de sus fuerzas y la productividad de la única vida que hemos experimentado. Es mejor, en consecuencia, saber el hecho, pero ignorar su punto temporal. Así tendremos un “acicate” y no un peligro de paralización vital.

Nuestro yo exige consumir totalmente la liberación de la contingencia de los contenidos singulares. Aspiramos y esperamos redimirnos, justificarnos, purificarnos. No queremos la muerte como término, sino la visión de Dios, la bienaventuranza. Dentro de cada cual dormitan innumerables posibilidades de llegar a ser otro de lo que realmente llegó a ser, ¿serán estas ilimitadas direcciones potenciales el presagio de una infinitud intensiva que se proyecta como inmortalidad?

IV

PRESENTIMIENTO Y REVELACIÓN DE LA MUERTE

“Oh, Señor, da a cada uno su muerte propia, la muerte que procede de esta vida, donde él ha conocido su amor, su misión y su aflicción”.

RAINER MARÍA RILKE.

Los animales —válgame la redundancia— mueren su propia muerte, de una manera ciega, apacible, siempre igual. Se acuestan re-

signadamente a la espera de la muerte. Parecen tener un presentimiento —instintivo, sensible— de su inminente morir. Perciben el acaecer sin inquirir sus causas. Sienten los procesos fisiológicos graduales que paralizan y descomponen los órganos de su cuerpo, pero estas sensaciones no son, rigurosamente, un saber. La muerte de los animales tiene un carácter unívoco.

En los hombres, en cambio, la muerte no tiene un sentido unívoco, sino análogo. Hay miles de modos diversos de morir. Y sin embargo, todos ellos conservan una unidad o conexión fundamental: son modos de morir humanos.

Mientras que para los animales la muerte es un puro acaecer natural, para los hombres la muerte es un problema, un drama extraño y difícil. Todo animal está preparado, por su propia naturaleza, para morir perfectamente en cualquier momento. Sólo los hombres se preparan para su muerte, toman las medidas que juzgan adecuadas. En los más egregios ejemplares de la especie humana, la muerte ha sido esperada, presentida, madurada. Tal vez por eso Rainer María Rilke ha designado al hombre como “aquel que-pare-a-la muerte” (*Libro de Horas*). Ciertos enfermos, y los ancianos, sobre todo, presienten la proximidad de la muerte. Oigamos al poeta:

*La vida —que se nos va—
y la muerte —que nos llega—
van a encontrarse. (El que juega,
gana o pierde). Dios dirá.*

*Lo que yo soy aquí está.
Tengo expedida la entrega.
A la muerte ¿quién se niega?
la vida ¿quién nos la da?*

*Súbitamente mi ciega
condición, humana ya,
ve: ve el filo que la siega.*

*Dios sabe si llegará
a ser cielo claro! (Ruega
por quien de camino va).*

JUAN JOSÉ DOMENCHINA.

El poeta presiente que va a callarse para siempre, que va a ser silencio. Es nuestro destino: hablar y callar. Callamos para ser, por lo menos en parte, tierra. Es triste decir adiós. No quisiéramos abandonar nada de nuestro existir. Y quizá nada abandonamos, si sabemos mirarnos en el ser —ya apagado— que se nos dio ardiendo, y del que quisiéramos no olvidarnos. Pero es preciso que la muerte no nos despierte. Bien dice el poeta Domenchina:

*Vivir por lo cabal es ir muriendo
a conciencia, sentirse vida y muerte.*

Sabe vivir de veras quien advierte que cuando se va llegando se está yendo. En las vivencias que rebozan vida se transparenta la muerte. Desde el instante en que nacemos viene, con esa misma vida, la posibilidad de morir en cualquier momento. Mi conciencia me dice: soy vida en acto y muerte en potencia. Y al anticipar imaginativamente mi desenlace, voy viviendo —en cierto modo— mi muerte. “Quién sabe —dice Eurípides—, puede que la vida sea la muerte, y la muerte, la vida”.

Me aventuro a pensar que ante la inminencia de la muerte se opera, en el moribundo, una “metanoia” (conversión). Tras la indiferencia mundana precedente, es lógico suponer que la proximidad de la muerte provoque una pasión de signo religioso. Con Dios o contra Dios. No cabe término medio. La presencia de la muerte revela, de bulto, nuestra insuficiencia radical, nuestra miseria, nuestro desamparo ontológico... Y revela también —así quiero pensarlo— lo fútil, lo vano de esa adhesión a las cosas de la tierra. En la medida en que aceptamos el dolor y la muerte, en la medida en que aprendamos a amar por encima de la prueba, nos alzare-

mos hacia el reinado del espíritu, emprenderemos la ascensión hacia la verdadera y pura existencia.

La muerte nos revela nuestro límite absoluto y nos muestra lo abierto, puro y simple, el espacio donde reina el Dios vivo. No se trata simplemente del otro lado de lo finito, sino del Otro en tanto que Otro, esto es, de Dios y su poder creador. Lo abierto de la muerte ha de ser concebido no en altura o en extensión, sino según la perspectiva de lo íntimo y de lo secreto. Ante la “disgregación” o “evaporación” —mayor o menor— de nuestra personalidad, pre-sentiremos una auténtica “recuperación”.

No estamos aquí para siempre, pronto estaremos en “el más allá”, en el despertar admirable y alborozado. Pero antes es preciso pasar por la más brutal ruptura, por la disonancia más grande: la muerte. A más de ruptura y disonancia, la muerte tiene un carácter de opresión torturante de la nada. Nuestra nihilidad ontológica se expresará, como nunca antes, en el momento de la muerte. En nuestra conciencia surgirá esta dramática interrogante: ¿aniquilación o segundo nacimiento? Plotino, que ensayó volar por encima de nuestra experiencia, refiere que en el primer momento se tiene la impresión de que todo desaparece, y sobreviene entonces un miedo loco ante la pura nada. Agreguemos nosotros que será necesario un esfuerzo verdaderamente sobrenatural para que el hombre tenga el coraje de oponer su yo a la disgregación y a la nada. Mucho nos ayudará, en esta lucha, el conocimiento sereno de los caracteres esenciales de la muerte.

V

CARACTERES ESENCIALES DE LA MUERTE ...

“La muerte en cuanto fin del ‘ser ahí’ es la posibilidad más peculiar, irreferente, cierta y en cuanto tal indeterminada, e irrebasable, del ‘ser ahí’”.

M. HEIDEGGER.

El hombre es, constitutivamente, un ser inacabado con una potencialidad inexaurible. Permanecemos incompletos hasta la muerte. Conservamos, en reserva, un número ilimitado de posibilidades. Y cuando completamos nuestra historia dejamos de ser hombres.

Propiamente no tenemos la experiencia de la muerte de otro. Asistimos a su agonía, pero no a su muerte. Ni siquiera la desaparición la podemos experimentar claramente, porque el muerto no desaparece verdaderamente para sus prójimos —el cadáver no es una cosa— y la existencia en común con su persona no queda rota sin más.

Ante la muerte, como posibilidad propia de cada uno, ponemos en juego la totalidad de nuestro ser. Morir no es, necesariamente, perfeccionarse o agotar todas nuestras posibilidades. Se trata, simplemente, del cumplimiento de la posibilidad más personal e intransferible. No hay manera de superar esta posibilidad, ni podemos, tampoco defendernos de ella. Si somos el fundamento de nuestra muerte, no cabe decir que tenemos una muerte, sino que existimos avocados a la muerte. Todas las otras posibilidades están dominadas por esta posibilidad suprema que se adueña de nosotros. Por ella podemos forjarnos una vista de conjunto de nuestra existencia como totalidad. En entera conformidad con este sentido, la auténtica aceptación de la muerte habrá de ser una espera (Erwarten) constante de ella, que afecta cada una de las ideas y de las acciones del existente. Hasta aquí la interpretación ontológica de la muerte elaborada por Heidegger, expuesta por nos-

otros con cierta libertad. Pero mientras Heidegger ve todo a la luz de la nada, cuya revelación es la muerte que consigo lleva, nosotros no podemos concluir en la posible imposibilidad de sí mismo y de toda existencia humana en general. El testimonio de Heidegger —luminoso en muchos aspectos— no llega a plasmar en una metafísica de la muerte. Recogiendo sus agudas interpretaciones de hechos, pero usando de la reflexión metafísica, intentaremos, más adelante, construir una teoría de la muerte y de la supervivencia.

“En cuanto ‘poder ser’ —expresa Martín Heidegger— no puede el ‘ser ahí’ rebasar la posibilidad de la muerte. La muerte es la posibilidad de la absoluta imposibilidad del ‘ser ahí’. Así se desemboza la muerte como la posibilidad más peculiar, irreferente e irrebasable. En cuanto tal, es una señalada inminencia. Su posibilidad existencial se funda en que el ‘ser ahí’ es abierto esencialmente para sí mismo, y lo es en el modo del ‘pre-ser-se’” (*El Ser y el Tiempo*, pág. 288, Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires, traducción de José Gaos). Del hecho de que no podemos rebasar la posibilidad de la muerte, no cabe concluir que la muerte es la posibilidad de nuestra absoluta imposibilidad.

Entre las obras póstumas de Max Scheler, figura, en lugar prominente, el ensayo intitulado: *Muerte y Supervivencia (Tod und Fortleben)*, anunciado en varios pasajes de su *Ética*. Aunque no terminó Scheler la obra proyectada, nos legó una serie de felices atisbos que es preciso recoger para integrarlos en una teoría rigurosa. “La muerte —piensa Scheler— no es simplemente prevista como probable en virtud de una generalización de aquello que nosotros aprendemos en otros vivientes, sino porque ella (la muerte) es un elemento evidente y necesario de toda experiencia interna del proceso vital”. (Véase *Mort et Survie*, p. 30, Aubier, Editions Montaigne, París 1952). La muerte significa siempre la cesación de un proceso, cesación que se determina desde dentro y que no presenta analogía con ninguna desaparición en el mundo de lo inorgánico. Al atribuir a todo existente en general una forma de conciencia, Scheler le atribuye, también, la certeza intuitiva de la muerte. Esta certeza es completamente distinta del sentimiento de

proximidad de la muerte, o de un presentimiento de nuestro fin. Trátase de un elemento constante de toda experiencia vital, susceptible de múltiples variaciones en el interés y en la atención que los hombres le dedican. En todo caso, la muerte acompaña a la vida entera, a título de parte integrante de todos sus momentos. Que nosotros no veamos a la persona después de la muerte —la persona es invisible— no quiere decir gran cosa, puesto que ella no puede ser objeto de una percepción sensible. “La ausencia, después de la muerte, de los fenómenos de expresión, constituye solamente una razón para admitir que yo no puedo comprender más, en lo sucesivo, a la persona; pero esta ausencia no me autoriza a creer que esta persona no existe” (pág. 56, *Mort et Survie*, Aubier, Editions Montaigne, París 1952). Si existe una independencia esencial de la persona con relación a la vida orgánica, y si hay leyes eidéticas de sus actos (aprehender intuitivamente, pensar, sentir, amar, odiar), leyes eidéticas que son independientes de toda vida; resulta extraño que Scheler declare, después de reconocer los hechos expresados, la imposibilidad absoluta de probar la supervivencia del espíritu, limitándose a observar que la carga de la prueba —onus probandi— corresponde a quienes niegan la supervivencia.

Concluyamos apuntando los caracteres esenciales de la estructura ideo-existencial de la muerte:

- a) Posibilidad, actualizada en tanto que posibilidad, que nos está siempre presente, como una amenaza cierta y delimitante.
- b) Riesgo ineliminable que condiciona cualquier posibilidad determinada (por ejemplo: ser arrebatado a la familia, a los amigos y a mí mismo en mi actual situación de espíritu encarnado) que me incita a la fidelidad conmigo mismo y a la fidelidad con Dios.
- c) Término incierto. Término, porque se trata de un acontecimiento futuro y de realización cierta. Incierto, por lo que atañe a la época de su realización.

d) Conclusión única y definitiva —sin posibles adiciones ni reformas— del yo-programa.

e) Desgarramiento inevitable y soledad devoradora del trance.

A más de ruptura y disonancia, la muerte tiene un carácter de opresión torturante de la nada.

f) En la muerte nuestro ser adoptará definitivamente su medida: moriremos con amor, en comunión con los otros y abiertos a Dios, o con odio, excluyendo a los demás y replegándonos sobre nosotros mismos. En ese sentido, la vida es preparación para la muerte.

g) La muerte es inherente a la vida. Marca su fin y configura definitivamente su trayectoria. Nos revela nuestro límite absoluto y nos muestra lo abierto, puro y simple.

h) La muerte en los hombres, no tiene un sentido unívoco, sino análogo. Hay miles de modos diversos de morir. Y sin embargo, todos ellos conservan una unidad o conexión fundamental: son modos de morir humanos. Mientras que para los animales la muerte es un puro acaecer natural, para los hombres la muerte es un problema, un drama extraño y difícil.

i) La muerte corporal no puede afectar al espíritu. Mi persona no está, en su propia esencia, avocada a la muerte sino a su perfección en la eternidad.

Expuestos los caracteres esenciales de la muerte, conviene detenernos a examinar el problema de la supervivencia.

VI

MUERTE Y SUPERVIVENCIA

“Esto constituye para todos un misterio: quien se consagra enteramente a la filosofía, ese no aspira más que a prepararse para la muerte, más que a morir”.

PLATÓN.

“Por el contrario, el alma humana subsiste por sí misma, es creada por Dios en el momento que puede ser infundida en el sujeto suficientemente dispuesto, y por su naturaleza es incorruptible e inmortal”.

SANTO TOMÁS.

De la *visión* de las muertes ajenas pasamos a la *previsión* de la muerte propia, irrealizada aún, pero realizable. Al proponernos la imagen de nuestra futura muerte se despierta en nosotros un sentimiento de cumplimiento o de aversión. En todo caso, nuestra vida se halla inexorablemente avocada a la muerte. Pese a la preocupación y a la esperanza de prolongar todo lo posible esta existencia, sabemos con absoluta certeza que llegaremos al trance ya final de la agonía. Y es justamente este tránsito agónico, este *estar muriendo*, más que la misma muerte, el motivo de nuestra angustia y de nuestro sobresalto.

Con la agonía se opera una “metanoia” (conversión). La vida, a punto de fenecer, nos evidencia la brevedad y la vanidad de casi todos los goces y sufrimientos del pasado. La prometedora ilusión de la vida terrestre, proyectada hacia el futuro, se corta de raíz. También los que nos rodean, los descendientes y los seres más queridos, están llamados a morir. Nadie podrá escapar a la amargura de la desilusión final de esta vida terrenal. La misma sociedad, que

carece de un "alma colectiva", está muriendo todos los días en sus individuos.

En tanto que el cuerpo tiende al desgaste y al agotamiento, el espíritu —independiente del influjo directo material— asciende siempre en vertical, "sit venia verbo". Como espíritu, el alma puede existir y obrar sola, pero no como forma vivificadora del cuerpo. Si sólo damos crédito a los sentidos y no pasamos de sus estrechos límites, con la muerte se aniquila totalmente la existencia del hombre. Para el materialismo, que reduce al hombre a su cuerpo, todo termina con la muerte. Y efectivamente con la muerte concluye todo el aspecto vegetativo y sensitivo de la vida humana. Pero es propio de la humana mentalidad conocer lo abstracto, necesario y universal. El proceso que a ello conduce y la conciencia de la propia personalidad que acusa, se manifiestan como relativamente independientes del cuerpo. Ningún sentido orgánico es capaz, tampoco, de la reflexión o autospección anímica. También el dinamismo universalista de la voluntad nos muestra, en lo humano, la esfera propia del espíritu.

Sin la inmortalidad o supervivencia, la vida humana temporal no tiene sentido alguno. "Hacer al hombre asomarse en ésta a los sublimes horizontes de lo ideal, para luego sustraérselos definitivamente sumiéndole en el abismo de la nada o de la inconsciencia con la muerte del cuerpo, y nivelando en el mismo siniestro destino —expresa Juan Zaragüeta— a buenos y malos, justos e injustos, es algo incomprensible con una mínima fe en la Providencia divina". (Pág. 206, *Una Introducción Moderna a la Filosofía Escolástica*, publicaciones de la cátedra Francisco Suárez, Universidad de Granada, 1946). No sólo queremos vivir siempre sino "vivir más alto". ¿Será vano este afán, o estaremos avocados a una trasvivencia interminable, sustraída a las actuales vicisitudes?

La muerte corporal no puede afectar al espíritu. La muerte del espíritu —repugna hasta el mencionarla— es contra su propia naturaleza. Decir que no todo muere en nosotros no es afirmar que nosotros mismos dejemos de morir y seamos inmortales. El hombre no es sólo su alma. Por eso, precisamente, es mortal.

Tres actos del entendimiento humano revelan su independencia de las condiciones naturales: 1).—El concepto abstracto que representa las cosas en su misma esencia inespacial e intemporal; 2).—El juicio que une al predicado con el sujeto (piénsese en esos juicios analíticos "a priori": absolutos e irreformables); 3).—El raciocinio, paso lógico de las premisas a la conclusión. Estos actos sobrepasan a la mirada de los sentidos, entrando de lleno, evidentemente, en el orden puramente inmaterial. Ahora bien, si las operaciones siguen al ser y le son proporcionadas, habiendo puesto de manifiesto que la actividad del entendimiento es inmaterial tenemos que concluir que el mismo entendimiento es inmaterial o espiritual. En otras palabras: si el objeto y el acto de la inteligencia del hombre es espiritual, esta facultad humana lo será también. Su dependencia del cuerpo es puramente extrínseca. La inteligencia no está contenida por el organismo, aunque se sirva de él. Es capaz de reflexión perfecta, es decir, volver sobre sí misma, apoderándose de su operación entera. La toma de conciencia de sí —recordemos a Hegel— es un privilegio del espíritu. También lo es el amor, la alegría y el afán de plenitud subsistencial. De la espiritualidad del alma se sigue, como corolario inmediato, su inmortalidad. Careciendo de materia y de partes substanciales, no puede perder su unidad individual. Santo Tomás nos enseña que después de la muerte desaparecen las funciones condicionadas al cuerpo: sentidos, imaginación, experiencia sensible, memoria y pasiones. Pero se conservan las funciones intelectuales, aunque polarizadas en otro sentido. (Véase *Suma contra gentiles*, 1, II, Cap. LXXXI). A la luz trabajosamente filtrada de la abstracción, sucederá una luz directa. Una vez franqueadas las barreras de este mundo, nuestra alma formará parte del mundo inteligible. Mirando hacia el interior del espíritu se reflejará en nosotros, sin mediación de lo real que ahora nos circunda, el absoluto y los otros seres superiores. El mundo de la materia no es más que un mundo de sombras en comparación con el mundo espiritual. Pero la filosofía nos puede decir bien poco de las condiciones naturales del alma después de la muerte del cuerpo.

VII

LA VICTORIA SOBRE LA MUERTE

"A juzgar según las apariencias, la prueba de hecho más fuerte, más universal, que manifiesta la deficiencia inevitable de todo pensamiento humano, es la muerte".

M. BLONDEL.

El acto de pensar escapa, en cierto modo, al devenir, a la degradación y a la simple duración; al inteligir esencias extratemporales y universales. Pensemos, por ejemplo, en la superación de la muerte, en la inmortalidad. Pero ese pensamiento no puede colmar por sí mismo el anhelo de eternidad y el hambre de salvación, porque no es un Absoluto. Y sin embargo, no podemos prescindir del anhelo. ¿Cómo explicar este "déficit"?

Es en la vida temporal —válgame la expresión— donde germina la vida eterna. Por la certeza moral que tenemos de la inmortalidad, se nos hace posible —y comprensible— la muerte. Los animales no tienen anhelo de eternidad porque no tienen idea de la muerte. Los hombres vivimos una vida biológica que se cansa y se acaba, como la de cualquier animal. Pero además existimos con una existencia espiritual que se proyecta más allá del límite físico, del con-fin biológico. La muerte aprieta nuestro existir y nos urge a realizar nuestra tarea, pero no puede impedirnos que actuemos para ser con un sentido de perennidad. Por una parte, la perspectiva de la muerte se nos presenta como la última oportunidad para ratificar o anular una vida; por otra, esta hora suprema se nos ofrece como un último peligro de desesperación y de terror final.

Como espíritu encarnado —y a causa precisamente de su existencia espiritual— el hombre no puede ni quiere morir. El cansancio del cuerpo no trae aparejado el cansancio del espíritu. Sabe que ha de morir porque se sabe —saboreándose— a muerte corpo-

ral. Pero sabe también que lo que de inmortal hay en él no puede ser alcanzado por la muerte biológica. La misma muerte nos induce, en ocasiones, a reforzar nuestra convicción de inmortales en el espíritu. Aun así, quisiéramos retardar la hora suprema, alejar a la muerte, para cumplir dignamente la propia vocación y para hacer más méritos. No deseamos presentarnos ante Dios con las manos vacías. Hacemos proyectos con ánimo de victoria sobre la muerte. Nuestros hijos y nuestras obras llevarán algo nuestro. No podemos resignarnos a dejar de ser después de haber sido, después de haber probado la existencia. La nada pre-natal no llega a preocuparnos por la sencilla razón de que antes no habíamos probado el ser.

Vivimos —si vivimos auténticamente— en la antesala del más allá. Este estado de espera nos hace vivir la idea de la muerte propia y ajena. Y es claro que el estar en presencia de la muerte equivale, para un teísta, al estar en presencia de Dios. De ahí que la presencia de la muerte tenga ese carácter terrible que inspira temor. La superación gozosa por la esperanza de un más allá en que vivamos plenamente, no hace desaparecer, por completo, el temor a la hora suprema. Aun los más grandes santos han temido el momento de morir, con todos los peligros que le son inherentes.

Todo hombre que se enfrenta a la muerte con el ánimo de vencerla debe pensar, por lo pronto, que va a morir su propia muerte, su muerte personalísima, única, intransferible. No se trata de un accidente impersonal que me acaece por coincidencia, sino de una muerte que no podría ser de nadie más porque me pertenece como me pertenece mi destino. Una vida que se vive como preparación para la muerte no se siente sorprendida por la llegada de la muerte, que ya esperaba de un modo familiar. Se pasará el trance en la soledad humana propia del agonizante, pero habrá una compañía moral del expirante con su Dios y con sus seres queridos. Sabe, como hombre preparado para la muerte, que muere no porque esté enfermo —mera resultante— sino porque vive. "Desde que naciste —advierte Séneca— eres llevado a la muerte". La vida nos huye y la muerte nos persigue. ¿Por qué no aceptarla en-

tonces resignadamente? Ante ella se acaba nuestro poder. Nada pueden contra la muerte nuestro pensamiento y nuestra acción. Y sin embargo hay un medio de vencerla: haciéndola nuestra, voluntariamente nuestra... No se trata de una intrusa, sino de una realidad humana que nos configura. Después de ella quedaremos libres de las angustias, miserias y peligros de esta vida. ¿Dónde está la victoria de la muerte, cuando un San Juan de la Cruz nos trastoca radicalmente el sentido de esta vida que no es verdadera vida?

*Esta vida que yo vivo
es privación de vivir
y así, es continuo morir
hasta que viva contigo.
Oye, mi Dios, lo que digo:
que esta vida no la quiero
que muero porque no muero.*

Estamos a la espera de un más allá presentido. Vivimos, mientras tanto, en tensión por la "allendidad" definitiva. Abiertos a lo imprevisible, sentimos hambre de salvación. Aunque ocupados en menesteres particulares, nuestras tareas concretas no absorben la totalidad de nuestra existencia, manteniéndonos en disponibilidad con relación al fondo de la realidad "abarcante" y "religante". Nuestra confianza está fundada en la verdad. Pero, ¿qué es lo que esperamos? Por de pronto esperamos seguir siendo, no dejar de ser, y... ¿algo más? Sí, esperamos siempre, mientras vivamos, ser algo más. Esperamos en nuestro "status viatoris", una perfección, una plenitud, de la cual carecemos por ahora. Somos, pero no somos plenamente. Somos seres hacia la salvación, no somos seres salvados. Saboreamos tiempos de aproximación a la plenitud o tiempos de fracasos. Coesperamos porque convivimos. Bien dice Gabriel Marcel, en fórmula feliz "Yo espero en Ti para nosotros". Esperamos con los otros y para un nos-otros que incluye los otros. Y esperamos "en" y "con" el universo. La espera es nuestra prueba.

El "más allá" de nuestra espera no está en el espacio y el tiempo. Por eso, justamente, le denominamos "más allá". Más allá del

tiempo y más allá del espacio pensamos en una vida perdurable que nos representamos o imaginamos imperfectamente. El anhelo natural de una vida feliz, incrustado en lo más profundo de la conciencia, imprime ruta y sentido a esta "menos-vida" que marcha, en su afán de "más-vida" al descubrimiento en lo alto de un Dios personal.

El pensamiento del premio y del castigo —coronación del sentimiento íntimo de nuestra libertad— fundamenta, moralmente hablando, la certeza en el más allá. Si existe un Dios personal y omnisciente —justiciero supremo de la vida moral— tiene que haber una correspondencia, en la allendidad, entre servicio y felicidad eterna. La verdadera totalidad del hombre no reside en un cuerpo que se marchita; radica en ese fundamento anímico con su núcleo inmortal.